

GUERISENDA

Las riendas blancas del caballo
 las prenderán rosas de Abril,
 y en su gualdrapa reluciente
 campeará la flor de lis...
 Su lanza tiene encantamiento,
 y en los peñascos, al herir
 con ella, se abren manantiales
 que hacen del páramo un jardín.

ISALDINA

En la coraza de sus armas,
 según avanza el paladín,
 se va copiando el mundo entero,
 y él coge todo el mundo así...
 De la coraza va á sus trovas;
 pero no pierde, al discurrir,
 el brillo que le dió el acero
 cuando, al pasar, cogiólo en sí.

GUERISENDA

Guante de hierro va en su mano;
 pero á placer la puede abrir,
 y vuelan de ella mariposas
 que hacen un círculo gentil.
 No buscan flores, que andan ciegas
 y van, turbadas, á morir

sobre unas sienes de azucena,
 sobre unos labios de alhelí,
 sobre un cendal, que finje nieve
 de enredadera de jazmín.

ISALDINA

Decidnos si es como os decimos
 meser el de Faidit.

GUERISENDA

Si no ha de ser como queremos,
 ¿por qué vino hasta aquí?

GUILLERMO

Ya as dije cómo era mi hermano
 en mi castillo de Faidit...
 Dejó mi casa, echóse al mundo;
 seis meses van que non le vi;
 todas las las cosas de la tierra
 le habrán querido para sí;
 tomóle el sol, tomóle el aire;
 vendrá trocado el paladín;
 tomóle acaso amor, y toda
 su catadura cambió así:
 más que yo mismo sabéis, damas,
 con tanto de él como decís...

Yo sólo sé que, aquí, es del mundo,
cuando era el mundo suyo allí;
que olvidó el nombre de los astros
por otros hombres que ha de oír;
que sin pastor van sus estrellas
por las valladas del zenít,
y que, él ausente, brillan menos
sobre mi torre de Faidit,

*Aparecen tras de la puerta del fondo,
Arnaldo de Faidit, Peirol, Nat de
Mons, Rosa Hugoneta, Marcabré y
algunos Cruzados con ramos y palmas.*

ARNALDO

Corriendo hacia su hermano.

¡Hermano! ¡hermano!

GUILLERMO

*Saliendo á su encuentro. Ambos se
abrazan.*

¡Arnaldo!

ISALDINA

¡Tiene
noble prestancia el paladín!

*Arnaldo trae abrazado á Guillermo
al primer término derecha. El grupo
de Cruzados permanece en la galería
con arcos del fondo sin atreverse á
invadir el camarín. Isaldina y Gueri-
senda van á ellos atendiéndoles y reci-
biendo sus homenajes hasta que Laura
de Lil abre la vista.*

ARNALDO

Grandes fueron los reveses,
Guillermo mío leal,
cuando aún siguen los franceses
en tu tierra provenzal.

GUILLERMO

Y dudas tengo arraigadas
que han de ser en la porfía
poco todas las espadas
cuando no bastó la mía.

ARNALDO

Pero habiéndola amparado
como pudiste, gentil
acogimiento en su estrado
te hizo la dama de Lil.

GUILLERMO

No tañen bien ministriles
que visten cota de malla,
ni está una reina en batalla
para acogidas gentiles.

ARNALDO

¡Pues yo quiero verla!... Tengo
de sus heraldos razón
y es de orden suya si con
mi hueste á acatarla vengo.

GUILLERMO

¿Pero sigues en tu afán
de un reino, y fundarlo sueñas?

ARNALDO

¿Pues á qué, si no darán
peso al aire mis enseñas?
Cuanto más ahora que sé
de mi reina la hermosura
y á los piés suyos pondré,
de almofalla, mi aventura!

GUILLERMO

¿La has visto?

ARNALDO

Un día la ví,
sobre el muro, á primera hora;
con que aquél día la aurora
se anticipó para mí.
Hiciéronla mis juglares
trova, en la trova ligera
de unos mis viejos cantares
á la reina Primavera;
y de su belleza el lampo
desde entonces quedó en mí
de suerte, que no volví
á ver la noche en mi campo.

GUILLERMO

Arnaldo... A logro de palmas
corriendo el mundo te quiero,
y el amor come las almas
como la herrumbre el acero.

ARNALDO

Lo sé.

GUILLERMO

Pues bien: por tu honor,
por tus reinos de leyenda,
porque no es meta una flor

sino adorno de la senda;
piensa, cuando al peregrino
tienda su mano real,
que con Laura, en su sitial,
va á sentarse tu destino.

ARNALDO

¡Sigue!... En siendo para hablar
de nuestra dueña gentil,
no pienses que me han de dar
tus prevenciones pesar;
habla...

GUILLERMO

Grave; señalando á la lateral derecha.

La dama de Lfl.

Entra por aquella puerta Laura de Lfl, á quien siguen damas, pajes y un pelotón de caballeros. Guillermo se dirige á los cruzados y peregrinos que aguardan afuera, para gritarles:

¡Cruzados los de mi Arnaldo,
moved adentro en tropel,
que siendo vosotros de él
quiero yo ser vuestro heraldo!
¡Llegáos; que porque el mar
se abra manso á acariciar

vuestra galera cristiana,
dama Laura os quiere dar
su venia de soberana!

Mientras Laura ocupa su sitial y se distribuyen en torno de ella pajes, damas y caballeros del cortejo; los cruzados toman, detrás de Arnaldo, el fondo izquierdo de la escena. Guillermo espera á que esté Laura acomodada para inclinarse ante ella noblemente, disponiéndose á salir.

LAURA

Sorprendida, á Guillermo:

¿Vos no os quedáis?

GUILLERMO

En la rota
muralla del torreón,
previniendo la invasión,
tengo á mi gente de cota.
Y como más hecho estoy
que al estrado, á la batalla,
vos consintiéndolo, voy
con mi gente á la muralla.
Yo en ella os sirvo mejor,
y aquí os quedan servidores
en quien gocéis á sabor;
que os dejo en corte de amor
con damas y trovadores.

LAURA

Partid, y el cielo, en batalla,
 dé el triunfo á vuestros arneses
 si atacaran los franceses
 el paño de la muralla;
 más si la enemiga hueste
 quebranta á vuestros soldados
 ¡llamad á Arnaldo y que él preste
 la legión de sus cruzados!

GUILLERMO

Descuidad. A vuestra enseña
 le basta con mi mesnada
 y á mi me sobra mi espada
 para morir por mi dueña.

Se inclina y sale por la lateral izquierda. Arnaldo hincó una rodilla á los pies de Laura para besarle la mano; hay un murmullo solemne; mientras Laura dice.

LAURA

Obligándole á ponerse en pie.

Hablad, cruzado.

ARNALDO

Señora:
 este mendigo, que os besa



los pies. y estos peregrinos
que como son en Provenza
siervos de Dios, buscan modo
de irle sirviendo en más tierras,
jurados para una causa,
cruzados para una guerra,
que toca al cielo y así
no reconoce fronteras,
os piden, para salir
de vuestros estados, venia.
Si naves tenéis que os sirvan,
hacedles un sitio en ellas;
sin las tenéis, bendigan
vuestras manos sus enseñas
y ellas serán, bien ungidas
así por las manos vuestras,
velas para mis cruzados
en las naves extranjeras.

LAURA

Me han dicho que alzáis, Arnaldo,
las lugares de Provenza,
llamándoles á Cruzada
con una trova que es vuestra.

ARNALDO

Soy Faidit y es de mi casa
mover siempre una químera;
más no temáis, soberana,

que os haga sombra con ella;
va en trovas de boca en boca,
no en feudos de tierra en tierra.

LAURA

Porque he de juzgarla, Arnaldo,
y porque á mis damas sea
lenitivo en el dolor
de estas tardes de la guerra,
quiero escucharos la trova
con que levantáis Ptovenza.

ARNALDO

Mandad vos misma, señora,
de mis juglares, cuál deba
cantarla. Peirol es hábil

Presentando á sus dos juglares.

y los ritmos acelera;
que ha sido arquero y dispara
las estrofas como flechas.

*Peirol hace una reverencia y queda
junto á su dueño.*

Nat de Mons gusta á las damas
en las trovas, que por ellas
las canta, y más que cantarlas,
en su corazón las deja.

*Nat de Mons hace una reverencia y
queda junto á su dueño.*

LAURA

De vuestros labios, Arnaldo,
escucháros la quisiera.

Vuelta á sus damas.

¿No es cierto?

GUERISENDA

¡El la cante!

LAURA

Píde

gentileza á gentileza;
para que accedáis, Arnaldo,
mal que el favor grande sea,
baste en vos ser trovador,
ya que ella pone el ser bella.

ARNALDO

Dá acá la trova, Peirol,
que, como á juicio la llevan,
mejor que cantarla en sonos
será hacer lectura en letras.

Peirol saca de su justillo un pergamino que entrega á su señor; hay un murmullo en' os cruzados.

GUERISENDA

Gritando, á los cruzados.

¡Callen los hombres!

ISALDINA

Con alegría, á Guerisenda.

Ha tiempo
que no resonaba, en estas
soledades, una trova...
Decid, ¿no se os representa
Jordán de Lantar?

GUERISENDA

¡Cuitado!

Con tristeza, recordando al ausente

ISALDINA

¡Ya tornará de la guerra!

PEIROL

A Arnaldo

¡Sostened la voz!

ARNALDO

Venidme
los cruzados á la vera
y hacedme amparo; que, como
la juglaria me es nueva,
no acierto á tomar figura,
siendo blanco á tantas flechas.

*Los cruzados le rodean, haciendo
fondo á la figura del trovador. Algunos
niños y jovencuelos se sentarán á sus
piés, disponiéndose á escucharle.*

ISALDINA

¡No mováis las ramas; hacen
resonancia!

ARNALDO

A Laura, inclinándose.

Dadme venia.

LAURA

Os oigo.

ARNALDO

En Dios que me asiste,
pongo mi alma, al empezar
á cantar,

esta trova de un reino que no existe.

No tengo cota, ni arnés,
ni sobrevesta, ni malla,
ni para entrar en batalla,
calzan espuelas mis piés;

frágil es

mi vida cerrada y triste;
pero la agranda y la viste
de esplendor, en ella al dar,
la corona que he de hallar
en mi reino que no existe!

Amores del corazón
en bien amar bien pagados,
blasones de honra, ganados
en honra sobre el arzón;

santa unión

del esfuerzo que resiste
y el laurel que ha de arrancar:

fuera triste

perpetuamente luchar
y no poderos lograr;
mas la esperanza me asiste
que, al cabo, os tengo de hallar
en mi reino que no existe!

—
Pecheros los mal criados
á cuyos pies dan los prados,
por almofallas, zarzales,
cuya boca
sólo hálla pechos de roca

en los montes naturales;
brazo os ofrezco y pendón
donde encuentren protección

mis legiones;

que caben, en mi ambición,
¡todas vuestras ambiciones!
Tengo un reino que lograr,
tengo una fe, y para dar
campo abierto á mis destinos,
¡tengo todos los caminos
en el mar!

—
Pecheros los mal tratados,
señores los mal servidos,
reyes los desamparados
de estos reinos desunidos;
mendigos, descomulgados,
trovadores y soldados;
¡Provenza, en fin, tierra mía!
si en tu dolor no te asiste
promesa de mejoría,
¡ven á buscar, en la mía,
la esperanza que perdiste!
¡Cruzada... y funda en un día
todo el bien que apeteciste!
¡Busca en Oriente alegría,
justicia, gloria y amor!
¡Tu vida, que perecía,
llévala á dar nuevo amor!
Lavarás en luz del día

tu alma triste,
y, cuando yo lo conquiste,
¡serás dueña, en Antioquía,
de mi reino que no existe!

CRUZADOS

Agitando sus ramos.

¡Cruzada! ¡Cruzada!

Arnaldo avanza unos pasos, y poniendo á los pies de Laura la punta de su espada, añade:

ARNALDO

Y esta es, señora, mal tensionada,
la realeza de mi quimera,
y esta es mi hueste y esta es mi espada:
¡poned en ella vuestra mirada
porque más hiera!
Cuando regrese de la Cruzada,
traeré una nave toda cargada
de las perfumes de Arabia entera;
y os traeré, en ella, tierra, tomada
del Santo Osario que nos espera,
leña del leño de la Cruz Vera,
la luz de Oriente sobre mi espada,
¡y os traeré el cetro de mi quimera
cuando regrese de la Cruzada!

GUERISENDA

¡Dadle la la venia!

ISALDINA

¡La mano alzada
de la señora que nos prospera
bendiga vuestra cruz encarnada!

LAURA

Si no en tu misma tierra sagrada,
¿dónde está el reino de tu quimera?

MARCABRÚ

Señora buena...

ROSA HUGONETA

*Arrodillándose á sus pies, lo mismo
que Marcabrú.*

Señora honrada...

ARNALDO

¡Allí está el reino donde yo quiera;
poned las manos en la mesnada,
y, ya no el cielo, vuestra mirada,
trace la ruta que nos espera!

ROSA HUGONETA

Desde el ventanal, transfigurada.

¡La lejanía, toda dorada
del sol que arriesga su último paso,
es un augurio de la Cruzada!

ARNALDO

Con exaltación, levantando su espada desnuda á la sangrienta luz del ventanal.

¡Hojas las nubes, tallo es mi espada
de esta sangrienta flor del ocaso!
Si en sus vislumbres de incendio rojo,
queréis que cubra, señora mía,
vuestros estrados, su profecía,
¡hablad y á vuestras plantas la arrojó!

MARCABRÚ

Místico fervor.

La lejanía toda dorada
sangre de Cristo lleva en sus velos...

ROSA

¡Sangre, en la tierra desperdiciada,
que compasivos beben los cielos.

MARCABRÚ

Señora buena...

ROSA

Señora honrada...

LAURA

Recogiendo la exaltación de todos, en palabras que parecen de profecía.

La lejanía toda dorada
es la escritua de mis anhelos;
tendréis enseña, tendréis Cruzada;
por estandarte yo os doy mis velos;
¡Faidit, ve al frente de tu mesnada,
que os tengo á todos senda trazada,
que á tanto llega, que da en los cielos!

NAT DE MONS

¡Señora nuestra magnificada!

ROSA HUGONETA

Besando el suelo, á los pies de Laura.

¡El entusiasmo de la mesnada,
digan mis labios sobre estos suelos!

Todos los Cruzados se arrodillan, besando el suelo. Arnaldo se arrodilla también. Laura tiende sus manos sobre la turba. Por el ventanal del fondo flama el poniente de sangre.

LAURA

Marcando en su voz el tránsito de la exaltación mística y visionaria á la realidad.

Familiares de Foix, damas; llevaos á los Cruzados, y esta noche tengan albergue en el castillo; dadles pieles, bendígaes mi abad, canten juglares, y en los adarbes disponed hogueras, á cuya luz, con mis pecheros, hagan dancería y festín toda la noche; ¡yo tomo en mí el halcón de este festejo!

Las damas saldan y van saliendo con los Cruzados. A tiempo que en su seguimiento va á salir, el último, Arnaldo, Laura le detiene.

Arnaldo de Faidit...

ARNALDO

¿Mandáis?

LAURA

Quedaos.

Queda Arnaldo visiblemente emocionado á la presencia de Laura. El murmullo de los cruzados se aleja y se pierde. Laura, que les acompañó hasta el fondo, queda un instante junto al ventanal, como para beber, mirando al cielo, toda la sugestión de la hora trágica. Repentinamente, se vuelve para decir, rompiendo un silencio lleno de fuerza.

Cayó la sombra en la cañada,
Arnaldo, y tengo el alma triste;
¿no habrá un asilo de albergada
para una reina abandonada,
en vuestro reino, que no existe?

ARNALDO

¿Y lo dudáis, señora honrada?
¡El reino mío va en mi espada;
sobre mi reino se alza un trono;
la silla de él está guardada
para una reina en abandono!

LAURA

Ganada de un sentimiento de nostalgia que da unción de intimidad á sus palabras.

¡No sabéis vos, cuando de hinojos
se ruega al cielo y él no asiste;
cuando no quedan frutos rojos
en un jardín de otoño triste;

cuando es la púrpura en despojos
sangre del alma que la viste,
¡con qué placer se van los ojos
á vuestro reino que no existe!
Mas vuestro reino está tan lejos...

ARNALDO

¡En luz de sol lo fundaría!

LAURA

Fueran efímeros sus dejos;
la luz del sol pasa en un día.

ARNALDO

¡Yo para vos la guardaría
de mi armadura en los reflejos!

LAURA

Si el paladín vistió armadura
y ha de emplear espada y lanza
en libertar la sepultura
de un Dios, cautiva en lontananza,
cambiando el rumbo á su aventura,
¿de Dios no teme la venganza?

ARNALDO

¿Pues no es bastante sepultura
de vuestros ojos la negrura
donde sepulto mi esperanza?

LAURA

Los Faidit sois raza bravia;
el uno roble, el otro fuego;
si un vendabal os embestía
y uno en el otro os encendía,
¿quién atajara el horror luego?

ARNALDO

Los Faidit somos tan hermanos,
que nada separarnos pudo;
á donde el uno con sus manos
acude el otro con su escudo...
Y si á mi lado le tuviera,
de fijo viérais, señoría,
que el trueno de su voz austera
mi blanda queja apoyaría.

LAURA

*Volviendo á la percepción clara de
la realidad desde ahora.*

¡No, no soñéis!... En mi amargura

todo se torna ponzoñoso ;
que es mi belleza en mi figura
áspid de aviesa mordedura,
como la lepra de un leproso.

ARNALDO

Decid más bien que es como nieve,
al mismo tiempo fría y dura.

LAURA

Si vuestro fuego apagar debe,
pensad que es nieve mi hermosura...
Mas como hablaste de manera
que á tus palabras, trovador,
sentí avivarse en mi alma fiera
no sé qué muerto resplandor.
Rey trovador del reino breve,
rey paladín que á lo lejano
con su legión cruzada mueve;
llégate á mí, que no se atreve
mi corazón á ser tirano;
bebe en el hueco de mi mano
una sed de agua de mi nieve.

ARNALDO

¡Laura!

LAURA

Doncel aventurero
que un resplandor de sol pusiste
en mi castillo hosco y roquero
con las visiones que moviste;
¡sigue tu curso, claro río;
porque del reino que en tu brío
á mis dolores ofreciste,
lo más amargo es que no es mío
y lo más cierto es que no existe!

ARNALDO

*Después de besar la mano que le
tiende Laura.*

¡No! Ya no muevo á lo lejano
ni atravesando el oceano
dejó el jardín de mi Provenza,
porque en el hueco de esta mano
besé mi vida que comienza!

LAURA

¡Partid! Guardemos el encanto
de esta aventura y no el dolor:
ahora ya visteis, trovador,
que en estos ojos queda llanto.
¡Partid!

ARNALDO

¡Jamás!... En mi tendal,
 Laura de Lil, desde hoy espero
 de vuestra mano, una señal
 para ser vuestro caballero.

LAURA

Horror y muerte es el botín
 que guarda el cielo á quien más quiero;
 ¡nunca seréis mi paladín!

ARNALDO

¡Pues seré vuestro prisionero!
 Laura de Lil, en la llanada
 mientras aguardo la señal,
 quito la cruz de mi tendal,
 rompo los cueros de mi espada;
 detengo el rumbo á Palestina,
 desato el freno á mis bridones,
 dejo que vivan mis legiones
 de su pillaje y vuestra ruina,
 y prisionero, en mi amargura,
 no visto arnés, ni empuño lanza
 mientras no cruce la esperanza
 como una banda mi armadura!

*Laura le ve salir con un gesto de
 presentimiento y de nostalgia.*

TELÓN

ACTO TERCERO

La esplanada de las almenas en el castillo de Lil. A la izquierda, la mole del castillo, con gran puerta practicable en primer término. Sobre la puerta, algunos ventanales, tras de los cuales, en un momento dado, se verá pasar la luz de una antorcha. Arrancando del fondo izquierda y viniendo á morir, en curva que limita casi todo el escenario, á la primera caja de la derecha, el crestón de las almenas; tras ellas se supone el foso profundo del castillo; y abajo, abajo, un llano entre montañas, donde estarán acampados los Cruzados de ARNALDO. Como está el castillo en altísimo cerro que allí domina el paisaje, dará el cielo estrellado de esta noche limpiísima la impresión de hundirse envolviendo el castillo en su manto de estrellas. Sobre este fondo estrellado, al salir al aire libre de las almenas, se recortan, como agrandadas, las siluetas de los personajes. Tendrá el crestón de las almenas, casi al fondo derecha, un portillo de hierro que sirve para descender en caso necesario al foso. Ya he dicho que es una noche limpia y serena del dulce mediodía provenzal. Arden á millares las estrellas: una luz de luna en su pleno tiende su indefinible gasa blanca, haciendo luminoso el aire.

RAMÓN DE MIRAVAL y FERRAGUT DE CORBIAC estarán en la esplanada de las almenas, junto á un fuego. MIRAVAL sentado en el crestón de las almenas; FERRAGUT en pié, delante de él. Patrullan al fondo otros hombres de guerra, hasta cuatro ó cinco.